

Bokser Misses-Liwerant, Judit. “Identidad, cultura y diversidad como parámetros reflexivos”, en Rosalba Casas Guerrero y Hubert Carton de Grammont (comps.), *Democracia, conocimiento y cultura*. México, Bonilla Artigas/IISUNAM, 2012, pp. 389-406. ISBN 978-607-02-3210-7

ORCID: orcid.org/0000-0003-4766-1335 (Judit Bokser Liwerant)

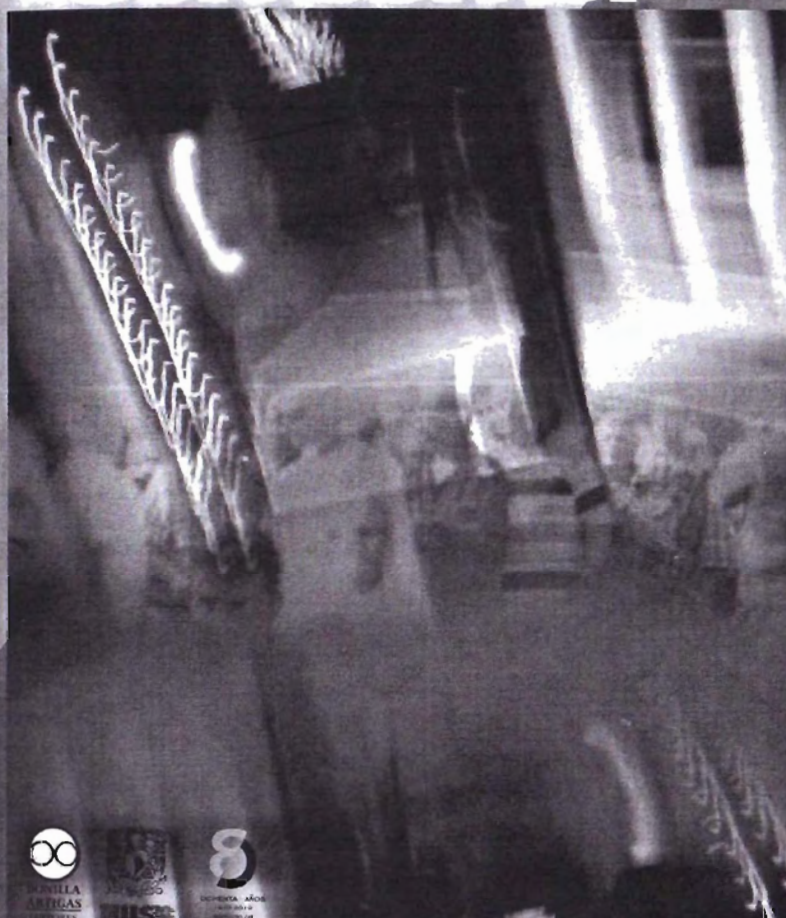
RESUMEN / ABSTRACT:

El artículo analiza de manera sistemática los nuevos vínculos entre identidad y cultura y las transformaciones que se han dado en estas dimensiones analíticas y en el propio espacio social. Ello es abordado a partir de los cambios que se han dado en los conceptos de diversidad y en la concepción misma de la cultura, a la luz, principalmente, de los procesos de globalización. Entre los ejes de reflexión que orientan este análisis, los nuevos universos identitarios y en ellos las transformaciones en las identidades colectivas ocupan un lugar fundamental. Un segundo eje reflexivo compete a la dinámica que se desarrolla entre los reclamos identitarios y la construcción de un espacio público democrático. A partir de ello se reflexiona en torno a las implicaciones que ello tiene para el ámbito latinoamericano y el lugar que en éste ocupa la construcción de ciudadanía.

The article analyzes the new links between identity and culture and their theoretical and practical transformations. Their conceptual changes and the relevance of diversity are considered on the light of the impact of globalization processes. Among the analytical axes that are displayed, the emergence of new identitaries universes and the transformations of essential collective identities occupy a fundamental place. A second reflexive axis is focused on the relation of the identitaries claims in the public sphere vis-à-vis its democratic character. These transformations are subsequently addressed through the analysis of their implications for Latin America and the place, dilemmas and challenges they carry for a robust construction of citizenship.

Rosalba Casas Guerrero y Hubert Carton de Grammont (compiladores)

Democracia. conocimiento y cultura



Índice

Presentación <i>Rosalba Casas Guerrero</i> y <i>Hubert Carton de Grammont</i>	13
SOCIEDAD, DESIGUALDAD Y DEMOCRACIA	
CAPÍTULO 1. Du plus intime au plus global en passant par les identités: les défis de la démocratie <i>Michel Wieviorka</i>	27
CAPÍTULO 2. Sociedad y democracia: una relación conflictiva <i>Victor Manuel Durand Ponte</i>	43
CAPÍTULO 3. Desigualdad económica, social y política <i>Fernando Cortés</i>	67
CAPÍTULO 4. Desigualdad y democracia en ciudades mexicanas. Análisis de la acción pública local en municipios urbanos marginados <i>Enrique Cabrero Mendoza, Ana Díaz Aldret</i> y <i>Dionisio Zabaleta Solís</i>	93
CAPÍTULO 5. Democracia y desigualdad. La democracia argentina en el contexto regional <i>Liliana De Riz Conicet</i>	125
CAPÍTULO 6. Igualdad: dimensiones, luchas y pactos sociales <i>Manuel Antonio Garretón M.</i>	145

CONOCIMIENTO, SOCIEDAD Y UNIVERSIDAD

CAPÍTULO 7. Internacionalismo científico en la problemática socioambiental y una nueva agenda para las ciencias sociales

Hebe Vessuri 173

CAPÍTULO 8. El papel de los académicos de ciencias sociales en una sociedad del conocimiento

Marc Jacquemain 197

CAPÍTULO 9. La dinámica de la universidad, los desafíos del conocimiento y el desarrollo local

Humberto Muñoz García 209

CAPÍTULO 10. Ciencias sociales ante el entorno digital. Para una sociología de Facebook

Raúl Trejo Delarbre 229

CAPÍTULO 11. La articulación de diferentes tipos de conocimiento: condición para transitar hacia sociedades de conocimientos

León Olivé 251

CAPÍTULO 12. Sharing Resources and Knowledge: The Role of Collective Action and Property Rights

Ruth Meinzen-Dick y Helen Markelova 275

IDENTIDAD, CULTURA Y MULTICULTURALIDAD

CAPÍTULO 13. Democracia y cultura: Las lecciones del populismo

Roger Bartra 299

CAPÍTULO 14. De la multiculturalidad a la interculturalidad: nuevos planteamientos sobre la dinámica cultural y el derecho a la cultura

Gilberto Giménez 321

CAPÍTULO 15. Penser globalement le monde actuel, à l'écart de la totalité et de l'émiettement postmoderne <i>Phillippe Corcuff</i>	341
CAPÍTULO 16. Ciudadanía, modernidad y diversidad étnico-cultural: desafíos poscoloniales <i>Guillermo de la Peña</i>	369
CAPÍTULO 17. Identidad, cultura y diversidad como parámetros reflexivos <i>Judit Bokser Liwerant</i>	389

Identidad, cultura y diversidad como parámetros reflexivos

JUDIT BOKSER LIWERANT¹

Resulta de gran relevancia y pertinencia la convocatoria a revisar, y repensar (desde una mirada sociológica *aggiornada* y responsable) la nueva vincularidad entre identidad y cultura. ¿Se trataría de una “nueva vincularidad”? ¿Es así?, y de ser el caso, ¿en dónde radicaría la novedad? ¿Qué es lo que se ha transformado en estas dimensiones analíticas y qué en el espacio de lo social que nos lleva a pensar esta relación desde un nuevo posicionamiento epistemológico?

Posiblemente, uno de los rasgos distintivos de esta “novedad” sea la resignificada visibilidad de la diversidad en lo que compete a las identidades y a la concepción misma de la cultura. La diversidad es ya un referente definitorio del mundo contemporáneo en el cual la cultura dejó de ser el dominio de construcción de la cohesión social para convertirse ella misma en fuente adicional de fractura social (Wieviorka, 2006; Bokser, 2006). La cultura ha cobrado evidencia, mostrando el inevitable significado político que conlleva su organización; por ello

¹ Profesora Titular de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y Coordinadora del Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

crea y recrea nuevas expresiones de la diferencia. Por una parte, es ámbito de cuestionamiento en el que individuos y grupos reclaman su reconocimiento en clave de especificidad; por el otro, en la medida que se construye como significado que confiere relevancia a las relaciones, a los mecanismos y a los arreglos de la convivencia social y a sus ordenamientos institucionales, la cultura expresa otras transformaciones. Ciertamente, las que se dan en el mundo de las identidades que en su construcción se apropian de la cultura de forma distintiva y a través de reelaboraciones subjetivas y selectivas.

La emergencia de la convivencia humana en clave de diversidad y las respuestas a ésta han puesto en evidencia los renovados significados de los procesos de construcción de las identidades colectivas con diferentes niveles de agregación y fluidez. La cultura siempre ha sido un indicador de la diferencia social; lo que resulta novedoso es que los grupos, que actualmente se constituyen en torno a indicadores identitarios distintivos, exigen un reconocimiento legal y la intervención de las instituciones estatales para preservar y proteger sus diferencias culturales. Las “luchas por el reconocimiento”, los “movimientos por la identidad/diferencia”, los “movimientos por los derechos culturales y la ciudadanía multicultural”, la reivindicación de proyectos “estatales plurinacionales”, entre otros tantos fenómenos, dan cuenta de un nuevo imaginario característico de nuestro tiempo, en el que el tema de la identidad cultural ocupa el primer plano del discurso político (Benhabib, 2006).

La reconfiguración y nueva visibilidad de la diversidad constituyen así rasgos distintivos de la constelación social identitaria actual. La invitación a pensar esta relación identidad-cultura-diversidad puede darse tanto de manera genérica como en un horizonte de visibilidad específico, esto es, en un marco político-social particular: el del ejercicio y el desarrollo de la democracia. Es a partir de allí que es necesario readecuar la mirada a las exigencias que demanda la realidad social de nuestros contextos y poder diseñar así nuevas maneras de aproximarnos y aprehender e interpretar lo social.

La necesidad de llevar a cabo lo anterior, apunta a la complejidad de lo social a comienzos de siglo XXI, caracterizada por una dinámica de cambio múltiple. La intensidad, rapidez y

multidimensionalidad con que se suscitan los cambios y la dificultad para conocer su dirección y naturaleza nos acercan a una consideración de nuestra contemporaneidad como un momento de “*cambio de época*”. Con el fin de dar cuenta de ello, se justifica la incorporación de una variable estructuradora del presente: la globalización y sus repercusiones, sin la cual, la red analítica no estaría al menos presentada en sus componentes más destacados.

Los nuevos tiempos se han evidenciado como escenario de múltiples y acelerados procesos de cambios socio-económicos y políticos, tecnológicos y culturales. Con una dinámica de tendencias de transformación interdependientes, estos cambios exhiben un carácter simultáneo, contradictorio y no homogéneo, evidenciándose de este modo mutaciones diferenciales y no unívocas.

A lo largo de las últimas dos décadas, gran parte de las ciencias sociales han descifrado analíticamente estos procesos de transformación bajo el amparo reflexivo de la perspectiva teórica de la globalización. Tal como lo ha formulado García Canclini (1995 y 1999), la década de 1990 redujo el atractivo del pensamiento posmoderno y colocó en el centro de las ciencias sociales la globalización. Así se han abierto nuevos cuestionamientos sobre la naturaleza, alcance y nexos que con ella guarda la modernidad. Más aún, hay quienes como Anthony Giddens y Ulrich Beck estudian la globalización misma como culminación de las tendencias y los conflictos modernos; ¿una segunda modernidad? se preguntará Beck (1998); ¿más reflexiva, tal vez?, interrogará Giddens (1994), que no imponga su racionalidad secularizante, sino que acepte pluralmente tradiciones diversas.

Ciertamente, los procesos de globalización acentúan y confieren nuevas facetas a fenómenos tales como la mundialización, el globalismo o la internacionalización; la globalización se refiere a las características de un sistema de interrelaciones que tiene la capacidad de funcionar como unidad en tiempo real a nivel mundial, con una dinámica inherentemente multidimensional, y se manifiesta en diferentes planos —tanto en el espacio de lo global como en lo regional, nacional o local—, poniéndose de relieve en las últimas décadas la ampliación, intensificación y aceleración de las interacciones

y flujos, y la pluralización de actores (Bokser Liwerant y Salas Porras, 1999; Bokser Liwerant, 2002, 2009).

El difícil equilibrio entre la profundidad explicativa de un concepto o categoría y su extensión descriptiva ha permeado constantemente la producción del conocimiento dentro de las ciencias sociales. La doble lógica que acompaña el uso del término “globalización” ha contribuido a conferirle mayor complejidad a este equilibrio. Tal como adecuadamente analiza Michel Wieviorka (2002), su uso es tanto descriptivo como conceptual. Mientras que su dimensión descriptiva da cuenta de la realidad multidimensional de los procesos de globalización, su uso conceptual amplía su alcance para convertirlo en instrumento para analizar los problemas del mundo contemporáneo.

Cierto es que la importancia y la fertilidad de lecturas desde este ángulo conceptual se ven amenazadas por acercamientos hiperglobalizadores y entusiastas, otros escépticos y estructuralmente críticos y otros tantos intermedios y plurales, que multiplican y diversifican los caminos analíticos propuestos para descifrar las interrogantes inherentes a los procesos de transformación contemporáneos. Precisamente, las aportaciones que el concepto nos ofrece, en un marco de pluralidad teórica, nos exigen ser precavidos en convertirlo en un paradigma en el que el sentido de la historia se halla definido de antemano; por el contrario, el peso y densidad de lo global tiene que alertarnos para dar lugar a un análisis que recupere las articulaciones y los andamiajes siempre únicos de lo singular. Desafío que radicaría, precisamente, en dar cuenta de las variaciones en procesos, actores y acciones tanto individuales como colectivos (Bokser Liwerant, 2009).

Así, somos testigos de profundos procesos de reconfiguración de las modalidades y de las reglas del juego de la convivencia y, ciertamente, de algunos de sus principales protagonistas. En el marco de los parámetros definidos por este “pentagrama” en cuestión: identidad, cultura, diversidad, democracia y globalización, emergen novedosos interrogantes: ¿qué universo identitario pauta los perfiles contemporáneos?, ¿cómo se representa en el imaginario social la diversidad cultural?, ¿qué nexos se pueden establecer entre política y cultura en términos de la representación de la diversidad?, ¿cómo se manifiesta

la culturalización de las diferencias en el terreno socio-político de ciudadanía?, ¿cómo se reconcilian la diferencia y la desigualdad con los principios exigidos por una cultura y un régimen democráticos?

ALGUNOS EJES DE REFLEXIÓN Y SU PROBLEMATIZACIÓN

La emergencia de nuevos universos identitarios bajo el amparo de la globalización opera como un primer eje reflexivo sugerente. Los procesos de globalización han generado nuevas identidades de diferente nivel de agregación y les han conferido una renovada relevancia a las identidades primordialistas en la configuración de los espacios globales, nacionales y locales, y en el reordenamiento de los espacios territoriales y geopolíticos.

En un mundo que se estructura como un espacio a la vez único y diferente, mientras que por un lado las fronteras territoriales pierden importancia, por el otro, por primera vez, se pueden construir identidades y comunidades independientemente de sentimientos, espacios y fronteras nacionales (Scholte, 1998). Simultáneamente, sin embargo, los referentes naturales y primordialistas que delimitan las identidades colectivas emergen con un inesperado vigor, perfilando una tensa oscilación entre el momento de lo único o universal y el de la diferencia o particular.

Hoy se despliegan, por una parte, identidades que se desarrollan en espacios virtuales, desarraigados de los espacios territoriales o geográficos, que se constituyen a raíz de la intensa red de interacciones sociales supranacionales —actores supranacionales, tales como las empresas transnacionales, organismos internacionales y agencias privadas—, así como por organizaciones no gubernamentales internacionales, comunidades epistémicas (Haas, 1992) y otros actores que nacen y se desenvuelven estrechamente vinculados al desarrollo de las nuevas técnicas de comunicación e información y a la “apropiación reflexiva del conocimiento” (Giddens, 1994). Simultáneamente, por la otra, resurgen y reclaman una nueva visibilidad, en clave de diferencia y de códigos culturales, identidades primordialistas, religiosas, étnicas y locales.

La emergencia de estos universos identitarios se deriva de varias dimensiones y órdenes de hechos que desvinculan a la vez que conectan las identidades con los espacios geográficos específicos. De igual modo, inciden las nuevas interacciones entre lo global, lo regional, lo nacional y lo local, cuyas lógicas interactúan hoy, de manera novedosa e impredecible, en diversos planos y sentidos. Proceden, en tercer lugar, de las transformaciones por las que atraviesa el Estado; en particular, la pérdida del monopolio estatal en varios ámbitos, especialmente en lo que respecta a su influencia en la construcción de los imaginarios políticos, a la crisis del centralismo y su consecuente repliegue en diversos ámbitos. Por último, se asocia a la incertidumbre que la rapidez e intensidad de los flujos globales generan y que convierten a las identidades étnicas en un recurso para enfrentar la inseguridad e inestabilidad asociada a dicha incertidumbre (Bokser Liwerant y Salas Porras, 1999; Bokser Liwerant, 2009).

Estos procesos nutren y se ven amplificados por lo que ha sido analizado como la producción de condiciones de modernidad radicalizada: las relaciones sociales y la comunicación a nivel mundial pueden ser una de las causas del debilitamiento de sentimientos nacionalistas vinculados con el Estado-nación y, por ello, dan lugar a otro tipo de identificación regional o étnica. En esta línea de pensamiento, a medida que las relaciones sociales se amplían, se fortalecen los procesos de autonomía local y de identidad cultural regional. Según Appadurai (1992), la tensión entre la homogeneización y la diferenciación cultural es el problema central de las interacciones globales. Las fuerzas homogeneizadoras experimentan procesos de asimilación o indigenización, y la cultura global se exhibe como un orden complejo plagado de desajustes y traslapes que no puede ser explicado a partir de esquemas simplificadores como el de centro-periferia, excedente-déficit, o consumidores-productores.

Desde esta óptica, ante transformaciones incontrolables y confusas, se refuerza la necesidad de reagruparse en torno a identidades primordiales, religiosas, étnicas, territoriales o nacionales. Destaca que al estudiar los recientes movimientos de globalización, puede advertirse “que éstos no solo integran y generan mestizajes; también agregan, producen nuevas desigualdades y estimulan

reacciones diferencialistas”, remarcando, de este modo, el doble carácter simultáneo de convergencia y divergencia de los flujos y paisajes contemporáneos (Appadurai, 1996).

Ciertamente, los procesos de globalización se dan de una manera diferenciada en tiempo y espacio, con desigualdades territoriales y sectoriales, y se expresan tanto en redes de interacción entre instituciones y agentes transnacionales, como en procesos de convergencia, armonización y estandarización organizacional, institucional, estratégica y cultural. Son procesos de carácter polivalente, porque pueden ser intencionales y reflexivos, a la vez que no intencionales, de alcance internacional a la vez que regional, nacional o local, que se derivan de los cambios radicales que trastocan referentes espaciales, temporales, geográficos y/o territoriales, sin los cuales sería imposible pensar las relaciones culturales económicas, políticas y sociales en el mundo contemporáneo (Waters, 1995; Robertson, 1992 y Scholte, 1998).

Por su parte, García Canclini llama la atención sobre el modo en que los actores sociales encuentran en los propios procesos de globalización las vías adecuadas “para afirmar y expandir particularidades étnicas o regiones culturales [...]. Algunos actores sociales encuentran en estos procesos recursos para resistir o modificar la globalización y replantear las condiciones de intercambio entre culturas” (García Canclini, 2005). Castells (1999) enfatiza que en un mundo de flujos globales de riqueza, poder e imágenes, la búsqueda de una identidad, colectiva o individual, asignada o construida, se convierte en la fuente fundamental de significado social. Ésta no es, desde luego, una nueva tendencia, pero adquiere nuevas dimensiones con la intensidad de las interacciones globales y los desajustes que éstas provocan. Considera que la sociedad contemporánea, como sociedad informacional, está lejos de ser compacta, homogénea o coherente. Por el contrario, oscila con grandes tensiones entre dos fuerzas: la globalización (reticular) de la economía, la tecnología y la comunicación, y el poder de la identidad; esto es, se da una permanente tensión entre la red global y el yo-nosotros identitario. A diferencia de Appadurai, quien acentúa la dimensión de aculturación diferencial, Castells subraya la dimensión de resistencia de las

identidades, que oponen al nuevo mundo de flujos de información los códigos culturales enraizados en la tradición o en la experiencia local.

Los procesos de construcción de identidades colectivas se dan en diversos ámbitos o paisajes institucionales —ya sean territoriales, comunales o religiosos— y en diversos escenarios político-ecológicos —locales, regionales, nacionales— en el marco de un contexto global en el que interactúan, se intersectan y traslapan, y sus componentes se rearticulan (Eisenstadt, 1998). Las identidades colectivas adquieren, en tal virtud, una creciente influencia en la configuración de espacios geopolíticos en todos los niveles.

Simultáneamente, los procesos de globalización refuerzan la individualización, la autonomía y la auto-diferenciación de los sujetos modernos.

Así, se da un énfasis material y discursivo sobre el momento individual y se desarrolla una tensión recurrente entre, por una parte, la proyección de la globalidad como individualización y privatización y, por la otra, las implicaciones sobre la esfera pública de las configuraciones cambiantes de grupos, bagajes culturales y colectividades.

Esto nos conduce a un segundo eje reflexivo que compete a las interacciones entre la dimensión individual y la dimensión colectiva de la experiencia de la diversidad cultural. En esta línea es posible entonces trazar los esbozos de una nueva vincularidad que encuentra su espacio privilegiado de manifestación en la cultura, concebida como un ámbito de negociación en el cual los procesos de interacción se transforman en la clave de lectura que permite superar —no cancelar— la exclusiva visión dicotómica de un “nosotros” frente a un “ellos” para afirmar la validez de una lectura multifocal que pueda dar cuenta de la creciente complejidad que hoy implica cualquier forma de convivencia en la diversidad o convivencia multicultural (Bokser Liwerant, 2008).

Si las identidades colectivas se presentan como un territorio de construcción y de acción grupal, es a nivel de las relaciones interpersonales donde la definición de una pertenencia unívoca e incuestionable resulta ya imposible. A través de la incorporación de nuevos elementos o hábitos, los individuos se mueven hacia los

demás creando espacios que surgen de la negociación y del encuentro con otros, espacios de diálogo y al mismo tiempo de conflicto, de mutación y reformulación.

En este nuevo escenario, caracterizado por la porosidad de las fronteras materiales y simbólicas, donde los *loci* de construcción de identidad individual y colectiva se configuran como espacios sobrecargados de significados que se vinculan con referentes cada vez más diversos, los acercamientos conceptuales a la diversidad cultural y al multiculturalismo exigen ser revisados, ampliados. Parece entonces posible, retomando a Massey (1993), alegar la emergencia de un nuevo “sentido global del espacio” que caracteriza la experiencia cotidiana del multiculturalismo como un proceso de ablandamiento de los lazos entre cultura y territorio, y como consecuente afirmación del hecho de que cualquier lugar es el *focus* de una muy peculiar mezcla de relaciones sociales más locales y al mismo tiempo más amplias.

Se exige hoy una nueva síntesis conceptual que, al tiempo que reconoce la vigencia y aun renovada fuerza de las identidades colectivas, explora la ampliación de los márgenes de fluctuación de las identidades individuales. En el proceso de configuración de la cultura en su propia diversidad interna, el binomio identidad-diversidad arroja luz sobre nuevas potencialidades para una mediación entre los dos niveles y entre los múltiples escenarios y paisajes donde se despliegan, tanto el local como el nacional, el regional y el global.

Resulta pertinente señalar que en el posmodernismo, la reivindicación del subalterno, de su derecho a hablar, de su derecho a definirse a sí mismo en su propia voz se mantuvo siempre desde una perspectiva comunitaria y diferenciadora de quienes podían participar del concierto de la alteridad. Esta dimensión de grupo fue vista como la primordial alrededor de la cual se construye el sujeto social en el intercambio y en el renovado diálogo para la deconstrucción de los poderes y la construcción de nuevas geometrías de poder más equilibradas o por lo menos más confrontadas.

Sin embargo, es necesario tener en cuenta que el reconocimiento de la diferencia no solo debe confrontar perspectivas grupales, sino también cuestionar la inconmensurabilidad posmoderna de la diferencia. La estrategia posmoderna de la diferencia que hace de la

alteridad un absoluto no sujeto a norma alguna, tanto sustantiva como de procedimiento, desemboca fácilmente en un relativismo total y en un debilitamiento de los ordenamientos institucionales que garantizan la convivencia humana (Beck, 2007).

Hoy lo comunal, su peso, su vigencia, se desarrollan en el marco de existencia de un sujeto social que se construye de múltiples formas, como individuo, como miembro de asociaciones y agrupaciones de la sociedad civil, como ciudadano, como miembro de religiones o etnicidades diversas, como participante en movimientos sociales temporales que generan una identidad asociativa contingente. Las fronteras de las nuevas “culturas” no solo aluden en el marco del multiculturalismo al encuentro entre ordenamientos diferenciados, sino también al traslape y movimiento que tiene por protagonistas a múltiples actores individuales. Las culturas emergen en su propia diferenciación interna: nunca son unitarias ni indivisibles u orgánicas; por el contrario, son una conjunción de ideas, elementos, patrones y conductas distintivas. Éstas se definen por el pluralismo de muchos fines, valores últimos, algunos incompatibles con otros, buscados por diferentes sociedades en tiempos diferentes o por diferentes grupos (etnias, iglesias) en una sociedad o por una persona particular en ellos (Berlin, 1991).

Así, se exige relacionar en clave de convergencia y divergencias ambas perspectivas: una, a partir de la consideración de la relevancia de la dimensión individual y fragmentada que caracteriza la experiencia actual de quienes están insertos en las dinámicas de globalización; otra, la fuerza y permanencia de las identidades colectivas. Se podría delinear la hipótesis de la pertinencia de una definición de diversidad cultural (o multiculturalismo) a “doble velocidad”: por un lado, el aspecto *visible* de la convivencia intercultural en marcos sociales e institucionales caracterizados por la participación de los individuos y las colectividades en la esfera pública; por otro lado, el fragmentado universo de la individualidad caracterizado por un dinamismo constante que, siguiendo a Brian Stross (1999) se conforma a través de una serie de “ciclos de hibridación”, en los cuales pasamos de formas aparentemente homogéneas a formas mezcladas y después otra vez homogéneas sin que ninguna sea totalmente pura.

No está en mi ánimo conformar un discurso antiesencialista con un nuevo tenor esencialista que comporta el negar núcleos duros de identidad. Se exigen, más bien, lecturas *aggiornadas* de un constructivismo que recupera los pesos y texturas de los componentes primordiales, aun en su reelaboración.

Es a partir de estas consideraciones que podemos dar paso a otro eje reflexivo: la necesaria convergencia entre los reclamos identitarios y la construcción de un espacio público democrático, amplio, plural, generador de y sujeto él mismo a reglas de juego que convocan el carácter procesual de las pertenencias grupales.

Entendiendo las culturas como “prácticas humanas complejas de significación y representación, de organización y atribución, divididas internamente por relatos en conflicto” (Benhabib, 2007: 177) se deriva que los diálogos internos y los sostenidos con los otros necesitan de los espacios y mecanismos que puedan garantizarlos. De allí también la necesidad de garantizar, junto al pluralismo cultural y a la diversidad social, la importancia del pluralismo institucional y político para apuntalar los espacios institucionales de construcción de consensos. Desde esta perspectiva, las instituciones resultan fundamentales porque son las que cultivan normas compartidas y moldean las interacciones para la elaboración de acuerdos (Katzenelson, 1996). Por ello, el debate en torno a la diferencia no puede hacerse al margen de la construcción de una convivencia democrática y compete, consecuentemente, a la cultura y a la política, a la sociedad y a la economía, a las prácticas colectivas y a las instituciones. Es en este sentido que es posible afirmar que la diversidad está asociada con los profundos cambios en los ámbitos sociales y culturales, y en los perfiles y las figuras de la política, en los espacios de mediación e intermediación, de representación y reconocimiento, de participación y acción.

El pluralismo hoy ha emprendido una búsqueda en la cual, frente a su matriz liberal monocultural, se plantea la universalidad y la racionalidad como condiciones de convivencia intercultural. Lo cierto es que este desafío se concatena con un interrogante igualmente central que inquiere sobre la necesidad de acceder a una visión que se aleje del autoritarismo moral que ha acompañado a diversas versiones

del comunitarismo y, simultáneamente, supere el individualismo extremo de ciertas expresiones del pensamiento liberal.

El despliegue de nuevas aspiraciones de reestructuración de la esfera pública, así como un cambio en la lógica de la acción colectiva e individual en el marco de sociedades que han asumido nuevas formas de auto-movilización y de ordenamientos políticos institucionales que buscan revigorizarse, alientan la reflexión hacia los nexos entre democracia y diversidad, globalización y ciudadanía.

Los desafíos que surgen hoy en torno a la construcción del orden democrático, sus modalidades, sus valores y sus procedimientos dan testimonio de las nuevas síntesis que se exigen para dar cuenta de las relaciones entre individuo y comunidad(es) (Roniger, 1995). El reto es, por tanto, superar tanto los márgenes de una diversidad excluyente como el constreñimiento de una diversidad reificada. En los márgenes de las interacciones contemporáneas, los binomios se reformulan y se debaten: identidades colectivas y procesos de individualización, justicia y bien, derechos humanos y virtudes cívicas, nuevas síntesis entre el universalismo del derecho y el particularismo de las pertenencias colectivas, el espacio público de la diversidad en el reclamo multicultural.

De aquí surge otro eje reflexivo, que justamente nos invita a pensar las particularidades de nuestro análisis en el ámbito latinoamericano.

América Latina enfrenta los desafíos de conciliar las oscilaciones y tensiones generadas por la nueva vincularidad de los fenómenos que venimos analizando en un contexto en el que las formas políticas actuales buscan permanencia, al tiempo que evidencian signos de crisis, en el marco de la construcción misma de la democracia, toda vez que ésta implica institucionalidad y cultura, ordenamientos y valores, pertenencias y sujetos. El resurgimiento del interés por la ciudadanía se ve anclado en procesos que, definidos en clave de los prerequisites del ordenamiento político, dan cuenta de que la democracia depende de múltiples dimensiones de la vida social, a la luz de las nuevas interrogantes que la acompañan.

En esta línea, los nuevos acercamientos a la construcción ciudadana podrían ser pensados como la búsqueda de una síntesis entre el concepto de justicia (individual) y el de membresía (colectiva)

que la teoría social desarrolló en las décadas de 1970 y 1980, respectivamente. Así, se exige revisar la interacción diferencial entre el concepto de identidades étnicas y el de identidades cívicas, como proyectos ya sea alternativos o complementarios de construcción de identidades individuales y grupales (Bryant, 1995) a la luz de lo que ha sido visto como “la verdadera prueba” de la fortaleza de los derechos de ciudadanía, esto es, la heterogeneidad (Dahrendorf, 2007).

La cuestión de la ciudadanía, en sus diversas expresiones, y la de la democracia y su propia diversidad, aparecen desde esta perspectiva como dos términos fundacionales de la vida política contemporánea en el amplio espectro de lo público y de lo político. Y desde esta lógica de interrogantes que problematizan las nuevas realidades para dar cuenta de ellas, ¿cuáles son las nuevas formas de acción que, más que centrarse en la política de la no-política, buscan ampliar el universo de lo político como ámbito público? Y ¿cómo inciden y rebasan los poderes fácticos el ámbito de la política y los acuerdos institucionales?

En el marco de procesos de transición, se han ampliado los espacios de participación de la ciudadanía en los asuntos públicos buscando impulsar una integración democrática que incluye a las minorías como entidades colectivas. Aunque es innegable que la apuesta por la comunalidad cívica y el fortalecimiento de la sociedad civil se ha afirmado tras los procesos de cambio, éstos se han caracterizado, sin embargo, más por la variabilidad de sus grados de realización que por su implementación cabal. Así, si bien es cierto que la sociedad civil ha augurado en los países latinoamericanos más vastas cuotas de participación ciudadana, parecería que se han desarrollado simultáneamente dos polos antagónicos: una sociedad civil fuerte, similar a la que priva en otras democracias establecidas, frente a una marginal, susceptible de cooptación clientelista. El primer caso generó ciudadanos; el segundo, sujetos apáticos, materia para instancias de activación anómica de corta vida, no sostenible por la baja capacidad de organización autónoma (Waisman, 1999).

Las nuevas ópticas a partir de las transformaciones de los procesos de globalización buscan abrir vías de mediación entre propuestas políticas y culturales que atienden los derechos del hombre y los

derechos grupales como parámetros para la construcción de ordenamientos políticos. En esta línea de pensamiento, la ciudadanía puede ser vista y construida como *canal de comunicación* entre comunidades múltiples a las cuales los ciudadanos ingresan o rechazan, en el marco de un sustrato y marco proporcionado por la comunidad política.

En el seno de la afirmación de las identidades colectivas, ¿cómo conciliar su presencia sin que ello implique necesariamente prácticas autoritarias, fundamentalismos o integrismos étnicos como nuevos mecanismos y espacios de participación y representación que debilitan los aún precarios mecanismos de mediación y resolución tradicionales fijados en la aplicación del Estado de derecho moderno? ¿Cómo garantizar que la afirmación de la diversidad no cancele los presupuestos de una ciudadanía democrática que está comprometida con la integración?

La necesidad de construir los tres pluralismos a los que nos referimos se abona en la concepción de que la democracia incluye —junto a los procesos electorales y las garantías de que las decisiones públicas descansan en funcionarios electos y el poder ejecutivo está constreñido constitucionalmente y de facto por el poder autónomo de otras instituciones gubernamentales— el hecho de que los ciudadanos tengan múltiples canales de expresión y de representación más allá de las elecciones; que las minorías logren canales de expresión; que las libertades individuales y grupales estén protegidas por un poder judicial autónomo y no discriminatorio cuyas decisiones sean respetadas por otros centros de poder; que la autoridad política sea balanceada y los derechos individuales y grupales asegurados; y, por último, que se requiera de una constitución que fortalezca, nutra y dé forma a un Estado de derecho (Diamond, 1999).

Resulta pertinente destacar, por último, que acorde con las transformaciones genéricas contemporáneas en la cultura, en la región ésta ha operado como hilo conductor de nuevos escenarios. Lejos se encuentra de ser compacta, homogénea o aun coherente. Más aún, flujos transnacionales de todo tipo —de inmigrantes, transmigrantes y turistas; informáticos y de imágenes transmitidas electrónicamente; de ideas posmodernas y de todo aquello que ha

ocasionado una profunda erosión de las instituciones centrales de la educación y la cultura local— y que han disgregado en los últimos años su *función delimitadora*, causando así la aparición de un proceso general de transformación de los así llamados “géneros conductuales” tradicionales que mantenían el mundo social “en su lugar” (Yúdice, 2006).

Aunque la sociedad nacional continúa siendo el universo habitual que reclama el marco de referencia de la vida cotidiana, la experiencia histórica ya no se agota en ese espacio. Tanto el territorio de la nación como sus horizontes simbólicos han perdido vigor en la multiplicación y difusión de mapas cognitivos y normativos. En éstos, tendencias globalizantes introyectadas en las esferas de lo nacional se han combinado con procesos de individualización que nos hablan de referentes normativos y de la competencia entre esquemas interpretativos que dificultan la elaboración de un solo marco de referencia colectivo. Así, la idea de diversidad cultural ha tomado distancia tanto de las pretensiones asimilacionistas derivadas del liberalismo como de las tribulaciones de un nacionalismo en busca del alma nacional reconfigurada como mito legitimizador (Menéndez Carrión, 2001).

En el marco de procesos que no son unívocos, América Latina experimenta tendencias contradictorias. Por ello, el desafío es fortalecer los vínculos entre diversidad, civilidad e institucionalidad; entre multiculturalismo y democracia. Es de este modo que, creemos, el pentagrama sobre el que reflexionamos arroja luz sobre interrogantes de índole teórica y práctica que las transformaciones contemporáneas plantean a un pensamiento social y a una acción pública que enfrentan desafíos inéditos.

BIBLIOGRAFÍA

- APPADURAI, Arjun. 1992. “Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy”. En *Global Culture: Nationalism, Globalization and Modernity*, compilado por M. Featherstone, 295-310. Londres: Sage.

- APPADURAI, Arjun. 1996. *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*. Mineápolis: University of Minnesota Press.
- BECK, Ulrich. 1998. *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.
- BECK, Ulrich. 2007. "La condition cosmopolite et le piège du nationalisme méthodologique". En *Les Sciences Sociales en Mutation*, dirigido por M. Wieviorka, 223-236. Auxerre Cedex: Editions Sciences Humaines.
- BENHABIB, Seyla. 2006. *Las reivindicaciones de la cultura. Igualdad y diversidad en la era global*. Buenos Aires: Katz.
- BENHABIB, Seyla. 2007. "Las reivindicaciones de la cultura. Igualdad y diversidad en la era global". *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas* núm. 120: 177-195.
- BERLIN, Isaiah. 1991. "Alleged Relativism in Eighteen-Century European Thought". En *The Crooked Timber of Humanity*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- BOKSER Liwerant, Judit, y Alejandra Salas Porras. 1999. "Globalización, identidades colectivas y ciudadanía". *Política y Cultura* 12: 25-52.
- BOKSER Liwerant, Judit. 2002. "Globalization and Collective Identities". *Social Compass* vol. 49 (2): 253-272.
- BOKSER Liwerant, Judit. 2006. "Globalización, diversidad y pluralismo". En *Multiculturalismo: desafíos y perspectivas*, compilado por D. Gutiérrez Martínez, 79-102. México: Siglo XXI.
- BOKSER Liwerant, Judit. 2008. "Identidad, diversidad y democracia: oportunidades y desafíos. Notas para una discusión". En *Participación política desde la diversidad*, coordinado por Martha Singer, 21-37. México: UNAM.
- BOKSER Liwerant, Judit. 2009. "Notas reflexivas sobre los desafíos contemporáneos: globalización, diversidad y democracia". En *Pensar la globalización, la democracia y la diversidad*, coordinado por Judit Bokser Liwerant, Juan Felipe Pozo Block y Gilda Waldman Mitnick, 25-57. México: UNAM.
- BRYANT, Christopher. 1995. "Civic Nation, Civic Society, Civic Religion". En *Civil Society. Theory, History, Comparison*, compilado por John Hall, 136-157. Cambridge: Cambridge Polity Press.

- CASTELLS, Manuel. 1999. *La era de la información. Tomo 1, La sociedad de red. Tomo 2, El poder de la identidad. Tomo 3, Fin de milenio*. México: Siglo XXI.
- DAHRENDORF, Ralf. 2007. "La naturaleza cambiante de la ciudadanía". En *La Política. Revista de estudios sobre el Estado y la sociedad*, 139-149. Barcelona: Paidós.
- DIAMOND, Larry. 1999. *Developing Democracy Toward Consolidation*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- EISENSTADT, Shmuel Noah. 1998. "The Construction of Collective Identities in Latin America: Beyond the European Nation State Model". En *Constructing Collective Identities and Shaping Public Spheres. Latin American Path*, compilado por Luis Roniger y Mario Sznajder, 229-254. Brighton: Sussex Press.
- GARCÍA Canclini, Néstor. 1995. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- GARCÍA Canclini, Néstor. 1999. *La globalización imaginada*. Buenos Aires: Paidós.
- GARCÍA Canclini, Néstor. 2005. *Hybrid Cultures: Strategies for Entering and Leaving Modernity*. Mineápolis: University of Minesota Press.
- GIDDENS, Anthony, Ulrich Beck y Scott Lash. 1994. *Reflexive Modernization. Politics, Tradition and Aesthetics in the Modern Social Order*. Cambridge: Cambridge Polity Publishers.
- GIDDENS, Anthony. 1994. *The Consequences of Modernity*. Cambridge: Polity Press.
- HAAS, Peter M. 1992. "Epistemic Communities and International Policy Coordination". *Knowledge, Power, and International Policy Coordination*, International Organization 46 (1): 1-35.
- KATZNELSON, Ira. 1996. *Liberalism's Crooked Circle*. Princeton: Princeton University Press.
- MASSEY, Doreen. 1993. "A Global Sense of Place". En *Studying Culture*, compilado por A. Gray y J. McGuigan. Londres: Edward Arnold.
- MENÉNDEZ Carrión, Amparo. 2001. "The Transformation of Political Culture". En *Democracy in Latin America. (Re)constructing Political Society*, coordinado por Manuel Antonio Garretón y

JUDIT BOKSER LIWERANT

- Edgard Newman, 249-277. Tokyo, Nueva York, París: United Nations University Press.
- ROBERTSON, Roland. 1992. *Globalization: Social Theory and Global Culture*. London: Sage.
- RONIGER, Luis. 1995. "Public Life and Globalization as Cultural Vision". *Canadian Review of Sociology and Anthropology*, 32 (3): 259-285.
- RONIGER, Luis. 2005. *Global Times Once Again: Representative Democracy and Countervailing Trends in Iberoamerica*. Berlín: Iberoamericana 17: 66-85.
- SCHOLTE, Jan Aart. 1998. "The Globalization of World Politics". En *The Globalization of World Politics. An Introduction to International Relations*, compilado por John Baylis and Steve Smith. Londres: Oxford University Press.
- STROSS, Brian. 1999. "The Hibrid Metaphor. From Biology to Culture". *Journal of American Folklore* 112 (445): 254-267.
- WAISMAN, Carlos. 1999. "Civil Society, State Capacity and the Conflicting Logics of Economic and Political Change". En *Markets and Democracy in Latin America: Conflict o Convergence?*, coordinado por Philip Oxhorn y Pamela K. Starr. Boulder: Lynne Rienner.
- WATERS, Malcom. 1995. *Globalization*. Londres: Routledge.
- WIEVIORKA, Michel. 2002. "Some Coming Duties of Sociology". En *Identity, Culture and Globalization*, compilado por Eliezer Ben-Rafael y Yitzhak Sternberg. Leiden: Brill (The Annals of the International Institute of Sociology. New Series, vol. 8): 573-588.
- WIEVIORKA, Michel. 2006. "Cultura, sociedad y democracia". En *Multiculturalismo: desafíos y perspectivas*, compilado por D. Gutiérrez Martínez, 25-76. México: Siglo XXI.
- YÚDICE, George. 2006. "¿Una o varias identidades? Cultura globalización y migraciones". *Nueva Sociedad* 201: 106-116.